

AÑO SACERDOTAL I

NUESTRAS MADRES

P. Christian Ferraro I.V.E
Segni (Italia)

A la memoria de Norma,
de Maricarmen, de Esther...
A nuestras madres.
A nuestra Madre.

Siempre nueva y siempre antigua, siempre deslumbrante y siempre sorprendente, siempre inmutable y siempre floreciente, la santa Providencia de Dios, gran «artista» de la historia, se muestra inagotable en su creatividad. Distintos caminos, distintas experiencias, vivencias, situaciones...

Y se luce en las historias... en los corazones de las madres; de *nuestras* madres.

Y son distintos caminos, distintas historias... con los que Dios procura en el secreto del alma una misteriosa configuración.

También a ellas se les pidió un *fiat* inicial. Fue el momento del «me voy al seminario»: no se olvidarán jamás de aquel día. Quién «sabía» más, quién menos; una estaba más «humanamente» o más sobrenaturalmente preparada, otra menos, mas, ¿quién osaría decir «menos»..., con qué parámetro? ¿Acaso la divina Providencia en su admirable sabiduría no dispuso también *suaviter* ese momento?... Pero estuvo el *fiat* inicial: se les pidió, y lo dieron. O no. Un *fiat* que en muchos casos significó un acompañamiento directo, total y completo, con una comprensión sustancial del significado de lo que es la vocación al sacerdocio, con una valoración adecuada de la inmensa gracia que significa, para su hijo, para ella, para la familia, para los hombres... Otros casos hubo, otros casos hay, en los que el *fiat* fue surgiendo de a poco, después de tantas luchas, después de tantas rebeldías, después de tantos «¿por qué?» cuya respuesta empezaron a entender abrazando un crucifijo.

El *fiat* que se les pidió era, por cierto, un *fiat* progresivo. Porque al del primer momento, siguió después el de la partida efectiva para el seminario, y después la ordenación... y después en muchos casos la misión. Saber acortar por fe en la inmensidad del corazón de Jesús la lejanía geográfica, saber ahogar en la oración las lágrimas de la natural impaciencia por los largos espacios de tiempo sin la presencia física, también eso hubo que aprenderlo, adiestrarse para que la oferta fuese mejor y más fructífera. Difícil aprendizaje. Pero que nos hace conocerlas más. Y quererlas más.

Por eso, ahí las tenemos... a ustedes, nuestras madres, que aún muchas veces sin conocernos nos han recibido y atendido como si fuéramos el mismo hijo que entregaron «y tienen razón, *somos* el mismo»... Ahí las tenemos, escondiendo lágrimas, disimulando dolores, aprendiendo con el correr de los años a ensanchar el alma, empezando a transitar, como Élla, en Él «y con él» la senda del calvario... entendiendo cada vez más. Ahí las tenemos, «*espejos* de nuestras almas», compartiendo anhelos, dolores, preocupaciones, e indescriptibles alegrías... Ahí las tenemos, con esos corazones que empiezan a ser testigos privilegiados, en primera persona, de lo que es el paso triunfal de la santa cruz por la propia vida. Ahí las tenemos, desgranando rosarios, ofreciendo sufrimientos, siendo sostén y siempre *madres*; pero ya no como antes, con las maneras normales de la naturaleza, sino con una maternidad transformada, sublimada, elevada, de horizontes mucho más amplios que los que hubiera podido dar la mera biología... Porque la madre de un sacerdote empieza a entender que su vida, como la del hijo que entregó, está indisolublemente unida al misterio del calvario. Porque la madre de un sacerdote, no puede ser ajena al destino de su hijo, como no lo fue la Madre de *nuestro Sacerdote*.

Nuestras madres se convierten para nosotros en un signo sensible de la presencia de María, *nuestra Madre*. Si la encarnación es el santo misterio de la asunción en la persona del Verbo de la naturaleza humana, y por consiguiente de una particular asociación suya con todo lo auténticamente humano... entonces también ustedes están incluidas, misteriosamente, en la lógica de nuestro sacerdocio. Porque el santo carácter sacramental que ha configurado nuestras almas, ha también cambiado vuestras vidas.